



Inscripciones de Carl Gustav Jung en la piedra angular de la Torre de Bollingen, en Suiza

Majka

Marisol García Walls

LA PERRA ARRASTRA UNA PIEDRA por toda la casa. Escucho de lejos que la tira, con un ruido sordo, contra el piso de madera. Levanto la mirada desde la computadora, abandono lo que estoy escribiendo y me cruzo con sus ojos negros y brillantes.

Me devuelve la mirada con cierta desconfianza. Toma la piedra entre sus dientes y se la lleva lejos. Probablemente la esconde de mí. Maestra del desliz, huye pegada a los muros.

A veces, cuando estoy sola, hago lo mismo. Escribo frases en mi mente, espalda contra la pared, tratando de palpar un límite concreto. Digo mi nombre. Y mis palabras rebotan, redondas y pesadas, como si fueran las piedras de un río.



Una vez que se ha cansado de subir y bajar del sillón, dar la pata, fingir su muerte, enterrar la piedra y echarse al sol, la perra se acuesta en el piso, convertida en un ovillo, y empieza a mordisquear su pata trasera con una violencia persistente y rítmica.

Pronto me percato de que se está haciendo daño. Trato de apartar su hocico a la fuerza, pero bajo la espesa capa de pelo ya hay una herida que emana calor.

Día con día, la misma historia.

La necesidad es algo que ambas tenemos en común. Nuestra obstinación radica en el método. Ella rasca sus incomodidades hasta convertirlas en una llaga y yo indago en las mías para transformarlas en escritura. Me pregunto si las palabras son el medio preciso para trazar la genealogía de una herida.



Empezar a escribir es caminar por un terreno accidentado. Parecería que uno va por el texto como va por la calle, renunciando a ver las particularidades geográficas o haciéndolo desde lejos con pretendida objetividad. Es fácil confiar en que se está pisando firme cuando uno mira el camino desde las alturas. Pero basta con fijar la atención para descubrir que bajo nuestros pies hay un universo entero. Lo que primero parece un paso limpio resulta que está plagado de escollos. El riesgo asedia,

aun cuando nada en el contenido o en la forma de la primera frase permite adivinar que la ruta a seguir se interrumpe más tarde; nada permite imaginar que la vía conduce a una encrucijada.

De pronto la intuición fugaz deviene tropezón: imposible seguir por el tramo recto de una certeza. A veces los senderos más tranquilos se tornan impredecibles. Bifurcan o conducen a la pregunta. Por eso las palabras iniciales son tan difíciles de colocar: el tránsito de la idea por la página se ve obstaculizado por una grieta que provoca la caída.

Pronuncio un nombre, digo “piedra” y convoco una de color negro, invariable en su tamaño y en su forma. La palabra oblitera las diferencias que permiten pensar más allá de la abstracción del trazo. Se pierde la riqueza concreta de la sinonimia: guijarros, rocas, pedruscos, cantos, cálculos e incluso las piedras metafóricas que aparecen en el zapato de la vida y que constituyen sus grandes problemas.

Ante la piedra, uno enfrenta varias posibilidades: puede elegir rodearla, patearla, o bien, tomarla en las manos para examinarla con detenimiento.



Cuando Jung estaba construyendo su casa en Suiza, quiso que el lugar donde iba a retirarse a escribir se pareciera al arquetipo del hogar materno, imaginando, quizás, que esto facilitaría el parto de sus investigaciones sobre el psicoanálisis. Con las chozas africanas como modelo, emprendió la construcción de una torre circular en Bollingen que imitaba las tiendas sencillas que giran en torno a un fuego en el centro.

Avanzado ya el proceso, el constructor que encargó los materiales a una cantera cercana notó que la piedra angular sobre la que debía cimentarse el edificio entero tenía unas dimensiones distintas de las que había solicitado: era casi un cubo. Indignado, le pidió a los

trabajadores que la regresaran al barco de donde había venido, pero Jung se negó rotundamente: de inmediato supo que esa era *su* piedra.

La colocó en un lugar especial frente al lago y la dejó hablar. En el costado de una de sus cuatro caras mandó tallar los siguientes versos:

Soy huérfana, sola; sin embargo, me encuentro en todas partes.

Soy una, pero opuesta a mí misma. Soy joven y vieja al mismo tiempo.

No he conocido ni padre ni madre porque tuve que ser sacada de las profundidades como un pez, o caí como una piedra blanca del cielo. Ando errante en los bosques y las montañas, pero me escondo en lo más interno del alma humana. Soy mortal para todo el mundo, sin embargo no conozco el curso del tiempo.

Una piedra huérfana en un hogar materno. Palabras que caen del cielo o son extraídas de las profundidades. Un pensamiento atraviesa mi mente e interrumpe mi escritura: la certeza de que Jung, como yo, debía ser un hombre muy necio.



Todas las tardes, la perra saca un guijarro del jardín y lo trae al interior para acostarse a su lado y lamerlo durante horas. Su cuidado es el de una madre primeriza, arropando a su hijo para que no le dé frío.

Desde que empezó la temporada de lluvias, afuera aparecen hongos. En el interior de la casa, las piedras se acumulan en lugares insospechados. Irritada, hago todo lo posible por desaparecerlas, pero siempre vuelvo a encontrármelas a mitad del camino.

Mis esfuerzos resultan inútiles. Una mañana los dedos de mi pie descalzo impactan contra un cuerpo frío en la sala. Maldigo en voz alta a la perra mientras me froto la uña lastimada, a sabiendas de que ella sólo

desviará la mirada y agachará las orejas. Sé que lo volverá a hacer, una y otra vez.

A ratos pienso que ella sabe algo que yo sólo alcanzo a intuir: que toda creación requiere de la tenacidad de los niños que, cuando lanzan piedras al agua, las hacen rebotar para llegar cada vez más lejos.



Dentro de la casa, imagino líneas que trazan muros invisibles. Delimitan el espacio, pero también generan posibilidades. La perra y yo luchamos por conquistarlas. Aquí —como en el lenguaje— no hay territorio neutro.

Construir un edificio no sólo es levantar muros, castillos y traveses siguiendo un plano. Entre el boceto y la obra, entre la teoría y su puesta en práctica, se juega la creación de nuevas estructuras. El fin último de la construcción es lograr que las ideas se concreten en su dimensión real.

Para la arquitectura, arte del desafío, lo más importante es alejar la línea que marca el horizonte entre lo posible y lo imposible. La obstinación permite contrarrestar el riesgo: negarse a la renuncia es otra manera de designar una utopía. Los edificios en las ciudades modernas son el terreno experimental donde se llevan al límite los materiales y las formas. El riesgo, en este caso, es su motor: construcciones cada vez más altas se comen porciones del poco cielo que queda. Desde el aire, la ciudad se parece extrañamente a una herida en la piel de la Tierra.

Abajo, en la banquetta, pateo una roca. Quiero ver qué tanto se aleja de mí. Equivoco el primer golpe y agito el polvo, la nada, con la punta de mis tenis. La segunda patada atina, y consigo que la piedra se desprenda del suelo y vuele describiendo un arco. En la escritura tampoco interesa el punto de llegada, sino su trayectoria.

Tomo la piedra y me la guardo en el bolsillo. Se me ocurre que la letra guarda el mismo parentesco con un diagrama de vectores que los edificios con respecto a los planos: una sumatoria de fuerzas en direcciones contrarias.



Escribir es parir: las heridas que se apilan dibujan su propia genealogía. Como una perla formada por capas, un texto adquiere densidad de sentido en la búsqueda, en la experimentación con orden de los componentes de sus frases. Aprender a escribir, lejos de ejercitar la mano para ordenar vocablos en fila, es poner la argamasa que junta las piedras, saber engendrar las diferencias que habitan las palabras para darles un sentido profundo, despertarlas del estado embrionario donde las ideas dormitan en su sueño amniótico.

Es probable que en la mente de mi lector se dibuje un animal indeterminado, de tamaño mediano, de color oscuro, sin rasgos particulares que lo distinguen. Sería difícil que mi lector imaginara con la sola mención del sustantivo que una mancha cubre la mitad de la cara de la perra, que tiene una nariz pecosa, y que tres tonos de color café ensombrecen su pelaje. A menos, claro, de que en mi escritura los nombre.



En este caso, el nombre precedió a la perra.

Durante un viaje en Eslovenia, hace casi cuatro años, me senté a comer en un restaurante al aire libre donde, de pronto, sentí que una nariz húmeda tentaba mi mano. Me asomé debajo del mantel y encontré a una perra negra. Su dueño, un músico, se apresuró a sacarla de ahí y a extenderme una disculpa. Cuando le pregunté por el nombre de su compañera, me dijo que se llamaba Majka, que en su idioma significa “pequeña

madre". Había decidido llamarla de este modo porque ella siempre estaba cuidándolo, pendiente de todos sus movimientos. Era su única familia.

Hay personas que son huérfanas del mundo, que sienten una necesidad vital de ejercer discordancias fundamentales frente sus predecesores y que están midiendo siempre profundidades y distancias con el golpe de una piedra. Cuando la tuve por primera vez entre mis brazos, decidí que iba llamarse Majka, igual que su homónima eslovena.

El nombre puede ser destino o ser fortuna.



A veces pienso que la relación entre el pensamiento y la escritura es una relación genética. Las ideas germinan en palabras y éstas a su vez van tejiendo el entramado complejo de un texto. Procrear se convierte en una manera de resolver la continuidad entre la vida y la letra. Piedras que, como los materiales de construcción, se van ordenando hasta generar nuevas formas.

Sin embargo, en cierto sentido, esta continuidad se rompe en la práctica.

Conforme avanzo en el ensayo dejo de ser la madre que da a luz y paso a ser la hija: a la vez que le doy forma al texto, el texto me da forma a mí. Se trata de un parto inverso que recuerda la idea de Borges, según la cual un escritor es quien hace a sus precursores. En este caso, lo que engendro me completa: las palabras alisan mi carácter y liman mis sentimientos. Tal vez un día termine pareciéndome a las rocas circulares pulidas por las olas del mar.

Al escribir voy recorriendo la genealogía de mis propias heridas, que se muestran en su carácter polisémico y circular: parto y orfandad son la llaga abierta, un signo y un símbolo a la vez, una marca que se lee y se interpreta.

Un ultrasonido revela que Majka va a ser mamá. En su vientre ya hay cinco perritos que van a nacer pronto; sus vidas apenas son un trazo.

La piedra angular es la que junta dos paredes de un edificio, haciendo esquina; la que atrapa el acto de la escritura entre dos dominios, el de la maternidad y el de la orfandad, el de lo dicho y lo inefable. Yo también me obstino en conservar esta piedra. Sin ella, me sería imposible nombrar las cosas. ▀

